



Historias de miedo

Angela Sommer-Bodenburg

Ilustraciones de Aram Delhom

Traducción de Aina Girbau Canet



algar

SI QUIERES PASAR MIEDO
Primer libro



Barbara

Florian llevaba dos semanas enfermo. Tenía una infección en la pierna que no se le curaba y debía quedarse en cama.

La herida le ardía y le picaba y, cuando su madre le cambiaba el vendaje, le dolía horrores.

Pero, si había algo peor que el dolor, era el aburrimiento. Cuando más se aburría era por las mañanas, cuando sus padres se iban a trabajar.

A menudo se quedaba tumbado contando los puntos negros del papel pintado. O se inventaba historias en las que un niño y un perro vivían emocionantes aventuras.

Al regresar su madre a casa al mediodía, casi siempre estaba demasiado cansada para hacer cosas con él. Y ese día no era una excepción.

Después de comer, cuando Florian le preguntó si jugaba con él, ella se limitó a sacudir la cabeza.

Florian frunció el ceño.

—¡Estar enfermo es un asco!

—Ya me gustaría a mí poder pasarme una semana tumbada en la cama dejando que me mimaran —replicó su madre.

—¿Que te mimaran? —Florian estuvo a punto de echarse a reír—. Pero si me paso la mitad del día solo. Y cuando por fin llegas, tampoco tienes tiempo para mí. ¡Ya me podrías cuidar más!

—He tenido un día muy largo —dijo ella.

Florian se mordió los labios.

—Igualmente.

—Si quieres, luego me siento aquí en tu cama y te cuento un cuento —sugirió ella.

—¿Solo un cuento?

—¡Una historia de miedo!

—¿Tú te sabes historias de miedo? —preguntó Florian, sorprendido.

—Hasta he vivido una en primera persona —respondió su madre.

—Hala, vale, ¡cuéntamela!

—Luego, en cuanto me haya leído el periódico y me haya preparado el café.

—¿En serio que viviste una historia de miedo? —preguntó Florian con ojos brillantes cuando su madre se sentó a su lado, junto a la cama.

—Sí.

—¿Yo ya había nacido?

—Fue hace tres años, cuando estábamos buscando casa. Antes de encontrar esta, vimos otra, un chalé antiguo con cuatro habitaciones y un jardín descuidado.

—¿Y por qué no os lo quedasteis?

—Eso es lo que te voy a contar. Mira, papá encontró el anuncio en el periódico. El precio del alquiler era muy asequible, por lo que concerté una cita con los anteriores inquilinos para ir a visitarlo.

El chalé parecía un pequeño castillo. Incluso tenía una torrecilla cubierta de hiedra. Yo me quedé totalmente maravillada. ¡Ya sabes cómo me pierden a mí las casas antiguas! También me encantó el jardín, con grandes árboles centenarios. Curiosa como soy, subí la escalinata exterior y llamé a la puerta.

Tras unos instantes de silencio, oí unos pasos que se acercaban. Me abrió una niña. Tenía una melena negra y rizada que le llegaba hasta la cintura y llevaba un largo vestido blanco de encaje. Tenía el rostro muy pálido.

—¿Quiere ver la casa? —me preguntó.

—Sí —contesté—. ¿Están tus padres aquí?

—Llegarán enseguida —respondió—. Pero yo le puedo enseñar la casa. Pase, por favor.

Entré. La niña me miró con curiosidad y me preguntó:

—¿Tiene hijos?

—Sí. Un niño.

—¿Y cómo se llama?

—Florian.

La niña sonrió por primera vez.

—Yo me llamo Barbara —dijo—. Venga, le voy a enseñar mi habitación.

—Pero antes me gustaría ver las otras habitaciones —le repliqué yo.

—No, no —dijo Barbara con prisas—. Primero tiene que ver mi habitación.

Había tanta insistencia en su voz que la seguí.

Me llevó a una gran habitación vacía al final del pasillo. El colorido papel pintado delataba que, en su día, aquello había sido una habitación infantil.

Barbara corrió hacia la ventana.

—Aquí estaba mi mesa —dijo ella—. Siempre veía el castaño cuando me sentaba aquí. Su hijo también se sentará junto a la ventana, ¿me lo promete?

—No lo sé —contesté yo, insegura, e intenté reírme.

—¡Por favor! —dijo mirándome con ojos grandes y suplicantes.

—Vale, si tan importante es para ti... —dije, como para hacerle un favor. Ya decidiríamos nosotros cómo distribuir las habitaciones.

—¡Y allí estaba mi cama! —dijo señalando la pared junto a la ventana—. Cuando me despertaba, podía ver el cielo. Así sabía siempre si hacía buen o mal tiempo.



—Pero si este no es un buen lugar para poner una cama —afirmé.

Ella se me quedó mirando, sorprendida.

—¿Por qué no?

—Junto a la ventana suele haber corriente de aire. Podrías haberte resfriado.

—¿Resfriado? —exclamó ella—. ¿Está insinuando que mi madre no me cuidaba bien?

—Claro que no —me apresuré a sosegarla.

—¡Pero si acaba de decir que no es un buen lugar para poner una cama!

—Ha sido un comentario sin importancia.

—¡No vuelva a decir nunca más algo tan horrible de mi madre! —De golpe su voz sonó más aguda.

—Pero si no he dicho nada de tu madre —repliqué, y de repente oí voces en el pasillo—. Esos deben de ser tus padres —dije aliviada, y me fui rápidamente de la habitación.

Al llegar al pasillo, vi que se acercaban una mujer y un hombre. De primeras me asusté porque ambos iban vestidos completamente de negro.

El hombre tenía el mismo pelo negro que Barbara, y la mujer tenía los ojos grandes como ella.

—¿Ya está aquí? —preguntó la mujer.

—Qué raro que la puerta estuviera abierta —dijo el hombre.

Quise aclarar que me había abierto la puerta su hija, pero, antes de poder decir nada, ya se habían metido en una de las habitaciones del principio del pasillo.

Entonces empezaron a enseñarme la casa. Me mostraron las dos salas de estar, el dormitorio y, finalmente, el baño. Nos detuvimos en la cocina, que tenía unos azulejos antiguos muy bonitos. El hombre volvió su rostro hacia mí, casi tan pálido como el de Barbara, y me preguntó:

—Entonces, ¿le gusta la casa?

—¡Sí! —respondí con entusiasmo—. Se ve antigua, justo como a mí me gusta. Además, es muy espaciosa.

—Hay otra habitación —dijo el hombre—, al final del pasillo. Pero ahí ya no entramos.

—Era la habitación de la niña —añadió la mujer en voz baja.

—¡Ya lo sé! —dije yo, sorprendida por la timidez con la que hablaban de esa habitación vacía.

—¿La ha...? —vaciló la mujer—. ¿La ha visto?

—¡Sí! Me la ha enseñado su hija.

La mujer se me quedó mirando fijamente.

—¿Nuestra hija?

—Sí —asentí yo—. Quería que amuebláramos la habitación igual que la tenía ella.

—¿Cómo era? —exclamó el hombre.

Me sorprendió la pregunta.

—Tenía el pelo largo y negro, y llevaba un vestido blanco de encaje.

—¡Barbara! —dijo la mujer, con tanto dolor en la voz que me sobresalté.

Entonces ambos salieron disparados de la cocina y los oí por el pasillo gritando el nombre de Barbara.

Yo me sentí muy incómoda. No entendía su agitación, pero intuía que mi encuentro con Barbara debía de haberlos perturbado. Lentamente los seguí. Estaban delante de la puerta de la habitación de la niña.

—Barbara no está —dijo el hombre con voz apagada.

—¡Pero si la he visto! —insistí—. Ahí, junto a la ventana, hablando de su castaño.

La mujer sacudió la cabeza con tristeza.

—Debe de haberse confundido.

—¡Que no!

—Le digo que sí. Es imposible.

—Pero ¿por qué?

—Barbara está muerta —soltó el hombre.

—¿Muerta? —repetí yo, incrédula.

—Murió hace cuatro semanas —reveló el hombre—, aquí, en esta habitación, de neumonía.

—¡¿Quééé?! —grité.

La mujer y el hombre me miraron y asintieron. Entonces me di la vuelta y eché a correr.

La madre de Florian hizo una pausa. Luego añadió:

—Una semana más tarde encontramos esta casa y nos alegramos de que no nos abriera ningún fantasma al llamar a la puerta.

—¿Barbara parecía un fantasma? —quiso saber Florian.

—Era muy pálida y estaba muy delgada, como alguien que lleva mucho tiempo enfermo.

—¿Por qué no me llevaste?

—Estabas en el colegio. Bueno, y ahora tengo que dejarte solo. —La madre de Florian se levantó—. Aún tengo mucho que hacer.

Florian la oyó ir a la cocina. Inmediatamente después se oyó el ruido de los platos.

—¿Mamá?

—Dime.

—¿Barbara murió porque dormía demasiado cerca de la ventana?

—No lo sé.

—¿Es verdad que su madre no la cuidaba bien?

—¡Yo qué sé!

Florian respiró hondo y gritó:

—¡Yo también podría coger una neumonía si no me cuidas mejor!

Su madre no respondió. Florian cerró los ojos y suspiró.

A las seis llegó su padre a casa.

—Papá, ¿te sabes alguna historia de miedo?

—¿Una historia de qué? —preguntó su padre con un tono poco entusiasta.

—Una historia de miedo —dijo Florian—. ¿Alguna vez has vivido alguna?

—Cada día vivo una —respondió su padre—. La de un hombre que llega cada día cansado a casa y tiene que contar cuentos.

—¡Qué malo eres! ¿Te crees que es divertido tener que estar todo el día en la cama?

—No, no lo creo. —Le examinó la pierna a Florian—. ¿Ya la tienes mejor?

—Sí —dijo Florian con lentitud—. Lo único que ha empeorado ha sido el aburrimiento.

—Puede que te cuente un cuento después de cenar.

—¿Una historia de miedo?

—Si te apetece pasar miedo... ¡Vale, pues te contaré la historia de Harry!

Después de cenar, el padre de Florian empezó su historia...